

hington— fue lo que, por último, permitió la completa recuperación de la economía de la Confederación.

La vida política de ésta se caracterizó por una permanente hegemonía del partido liberal desde 1921. Otros partidos nacieron en los años veinte, como consecuencia de la depresión, y adquirieron importancia en algunas provincias, pero los dos tradicionales se mantuvieron en su posición preponderante en la nación. La gran figura liberal fue William Mackenzie King, nieto del protagonista de los sucesos de 1837. Mackenzie King, que ejerció el gobierno de 1921 a 1930, y luego desde 1935 durante trece años —hasta que se retiró en 1948—, fue el líder de los canadienses en los tiempos de la recuperación económica y en los del gran esfuerzo bélico.

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

El escenario europeo

Después de haber fomentado el rearme en Alemania e iniciado una política exterior expansiva en Europa, Hitler subestimó la voluntad de franceses y de ingleses de ser fieles a los tratados de alianza con Polonia.

El despedazamiento de Polonia

La campaña de Polonia fue a la vez banco de prueba y escenario en el que se iban a dirimir las dos concepciones sobre la conducción de la guerra dentro de la cúpula militar germana.

Las cinco líneas del ataque germano —54 divisiones, más de un millón y medio de hombres— pronto comenzaron a tener éxito, embolsando a grandes contingentes de adversarios y poniendo en práctica, con relativo éxito aunque con gran impacto sobre el enemigo, la compenetración entre las *Panzerdivisionen* y los *Stukas*, destruyendo en tierra a la aviación enemiga. Los devastadores ataques alemanes debilitaron la moral combatiente del ejército y la población civil polacas —a la que intoxicaron con emisiones y falsas consignas radiofónicas y en la que no existía prácticamente defensa pasiva alguna—, contribuyendo decisivamente a desbaratar su débil infraestructura castrense y social.

Dos grandes movimientos envolventes y una posterior y gigantesca operación de limpieza compendian y resumen la primera campaña de la *Blitzkrieg* («guerra relámpago»).

Inaugurando una conducta seguida posteriormente por todos los gobiernos de países derrotados por Alemania, los miembros del gabinete polaco se acogieron, primero, a la protección rumana, y luego, a la británica, estableciendo su sede en Londres. Entretanto, Polonia

A la izquierda, un grupo de polacos cavan su tumba antes de ser ejecutados. Polonia fue la primera víctima y banco de pruebas de la Segunda Guerra Mundial. En la fotografía de

la derecha, tropas alemanas avanzan entre la nieve. Hitler ante una posible invasión aliada, intentó guardarse las espaldas conquistando Noruega en 1940.

volvía a ser la nación mártir de Europa. La zona occidental junto con Danzig fue anexionada al Tercer Reich, que englobaba a título de protectorado toda la parte central, mientras que los soviéticos satisfacían sus reivindicaciones de los años veinte, al incorporarse las regiones orientales en las que los bielorrusos y ucranianos constituían la mayoría de la población, y cuya minoría germana —86.000 *Volksdeutsche*— se repartió inmediatamente por orden del *Führer*.

Al despedazamiento geográfico siguió la persecución racial; en particular, por los nazis, que redujeron a niveles infrahumanos las condiciones de vida de los polacos del «Gobierno General» y pusieron en práctica, con todo éxito, la degradación y el exterminio de los sectores judíos, muy numerosos en la nación.

La campaña de Polonia fue muy provechosa para el alto Estado Mayor alemán, al poder confrontar y analizar la situación de sus ejércitos y de la estrategia aplicada en ella. Desde entonces, el predicamento de los partidarios de la guerra relámpago fue indiscutible.

La expedición a Noruega y la situación del Gran Norte

El optimismo del *Führer* era tal después de las fulgurantes victorias polacas, una vez rechazada de nuevo su propuesta de paz a los aliados, que no quiso establecer ninguna solución de continuidad entre esta campaña y la decisiva lucha contra Francia. La adversa climatología y las numerosas dificultades que implicaba la reconversión de los frentes con el traslado de las unidades de élite desde Prusia y Polonia hasta el Rin, fueron, no obstante, aplazando de una semana para otra su decisión. Dichos proyectos contemplaban, en un principio, la adopción de las premisas del famoso «Plan Schlieffen» de la Gran Guerra: es decir, la invasión de Bélgica como paso previo a la penetración en Francia, y la ofensiva aérea en toda regla contra Gran Bretaña. Algún episodio novelesco —conocimiento por los aliados del plan a mediados de enero de 1940 a consecuencia del aterrizaje forzoso de un jefe que lo portaba— y, muy especialmente, los consejos de Von Manstein a Hitler de lanzar el peso de la ofensiva por el abrupto terreno de las Ardenas, creído infranqueable por los franceses, modificaron toda la estrategia inicial, demorando su aplicación hasta adaptarla a las nuevas y más complicadas directivas.

Hitler logró imponer pronto en Noruega, gracias al abogado Vidkun Quisling, un gobierno satélite, supeditado por completo a Berlín. Obsesionado en todo momento por un deber hacia al lado un país nación —sólo



a punto de producirse en una ocasión—, Hitler mantuvo en ella contingentes muy nutridos de la *Wehrmacht* y asentó, a partir de 1942, en sus puertos y fiordos las principales unidades de superficie de su marina. Esta fuerte y, en parte, inútil presencia militar tuvo, no obstante, como contrapartida favorable el mantenimiento, casi hasta el final del conflicto, del vital aprovisionamiento del hierro proveniente de Suecia.

También corresponde a la fase inicial de la Segunda Guerra Mundial el conflicto entre Finlandia y la Unión Soviética a fines de 1939 y comienzos del año siguiente. Tanto por el deseo de reforzar sus posiciones estratégicas, cara a un hipotético ataque alemán sobre Leningrado, como por un irredentismo que ahora podía satisfacerse como consecuencia de la coyuntura atravesada por el Viejo Continente, los soviéticos presionaron, a comienzos del otoño, con el fin de que Finlandia —al igual que los otros países bálticos, Estonia, Lituania y Letonia— firmase con la Unión Soviética un tratado de ayuda mutua, que equivalía a un protectorado sobre el «país de los mil lagos». Rechazado éste, la guerra estalló el 16 de noviembre a consecuencia de un incidente fronterizo considerado como agresión por la Unión Soviética. Poco sospechaban, sin embargo, los soviéticos el calvario que sus tropas tendrían que sufrir antes de vencer al pequeño —pero bien equipado y valeroso— ejército enemigo. Fin del mundo: la U.R.S.S. el istmo de Bering y parte de la América del Norte.

En varias semanas, la Wehrmacht desmovilizó todo el potencial aliado que defendía Francia. Ocupando rápidamente los Países Bajos y Bélgica, el ejército alemán acorraló a

las tropas británicas en Dunkerque, y rodeó a las fuerzas francesas que defendían la inexpugnable línea «Maginot» por la espalda. Era la caída de Francia.

El esplendor de la Wehrmacht: Francia (mayo-junio de 1940)

La campaña de Francia señaló el momento culminante de la eficacia y espectacularidad en la conducción de la guerra por los generales y soldados alemanes. Las diferentes piezas de su máquina militar funcionaron y se acoplaron con perfección admirable.

Los cinco puntos de partida de la *Wehrmacht* apuntaron a la rápida ocupación de los Países Bajos —con un ejército de 8 divisiones— y Bélgica —22 divisiones—, y al embolsamiento de las fuerzas aliadas, que rápidamente traspasaron la frontera del último país para establecer contacto con los belgas en el Dyle y constituir un frente continuo desde el canal hasta Suiza.

La penetración en el territorio francés comportaba mayores dificultades, dada la inaccesible geografía de las Ardenas, principal línea del ataque alemán bajo la dirección suprema de Von Rundstedt y extendido a lo largo de más de 150 kilómetros. El avance se encomendó, con la protección del cuerpo aéreo del general Von Richthofen con más de 1.000 *Stukas*, a las fuerzas acorazadas y motorizadas al mando del general Von Kleist. Dejando a un lado las fortificaciones de la «línea Maginot» —atacadas un mes y medio más tarde—, las unidades más rápidas de carros e infantería alemanas (9 divisiones blindadas, con 300 carros cada una) se lanzaron en tromba en una frenética carrera hacia el mar, para romper en dos el frente enemigo —«el corte de la hoz», como lo denominaría gráficamente Churchill— y provocar, con la brecha de 130 kilómetros abierta en el dispositivo del grupo de ejército, junto con la destrucción de sus centros neurálgicos, un gigantesco embolsamiento de las mejores tropas aliadas, simultáneamente por el sur y por el norte.

Especial trascendencia tuvo la retirada aliada de Dunkerque (338.000 hombres), que ahondó, en efecto, la fosa que comenzaba a distanciar progresivamente a los británicos de un amplio círculo del gabinete y de la opinión pública galas. El episodio de Dunkerque también marcó un punto de inflexión en el desarrollo de la campaña de Francia y en la coordinación de las tácticas aplicadas en ella por los alemanes. La detención de las *Panzersdivisionen* de Guderian, por orden superior, cuando estaban a punto de alcanzar Dunkerque antes de la llegada de la armada inglesa y de las tropas de Gort, evidenció una cierta disfuncionalidad en el plan de ataque germano. Todo ello se proyectaba sobre el horizonte del futuro cuando, por segunda vez, se produjo una reconversión de la línea de ataque alemán, realizada con una rapidez y eficacia que volvió a provocar el asombro de todos los observadores y comentaristas.

La nueva línea defensiva establecida por el generalísimo Weygand a lo largo del Somme y del Aisne era más larga que la anterior, aunque protegida con tropas más reducidas. En la «operación Rat», los alemanes iban a romper toda la defensa francesa tras la pérdida batalla del Somme en el bajo Sena y en la Champaña. El día 14, las avanzadas del XVIII Ejército alemán estaban en París, declarada «ciudad abierta».

Una vez desaparecida ya cualquier esperanza de constituir un frente continuo o una sólida línea defensiva, el gobierno francés, después de haber barajado infructuosamente la eventualidad de un «reducto bretón» (territorio en el que, según proyectos calificados de fantásticos por Pétain y Weygand, se concentrarían los restos del ejército para ofrecer una resistencia numantina), decidió abandonar París en un peregrinaje azaroso que acabó en Burdeos.

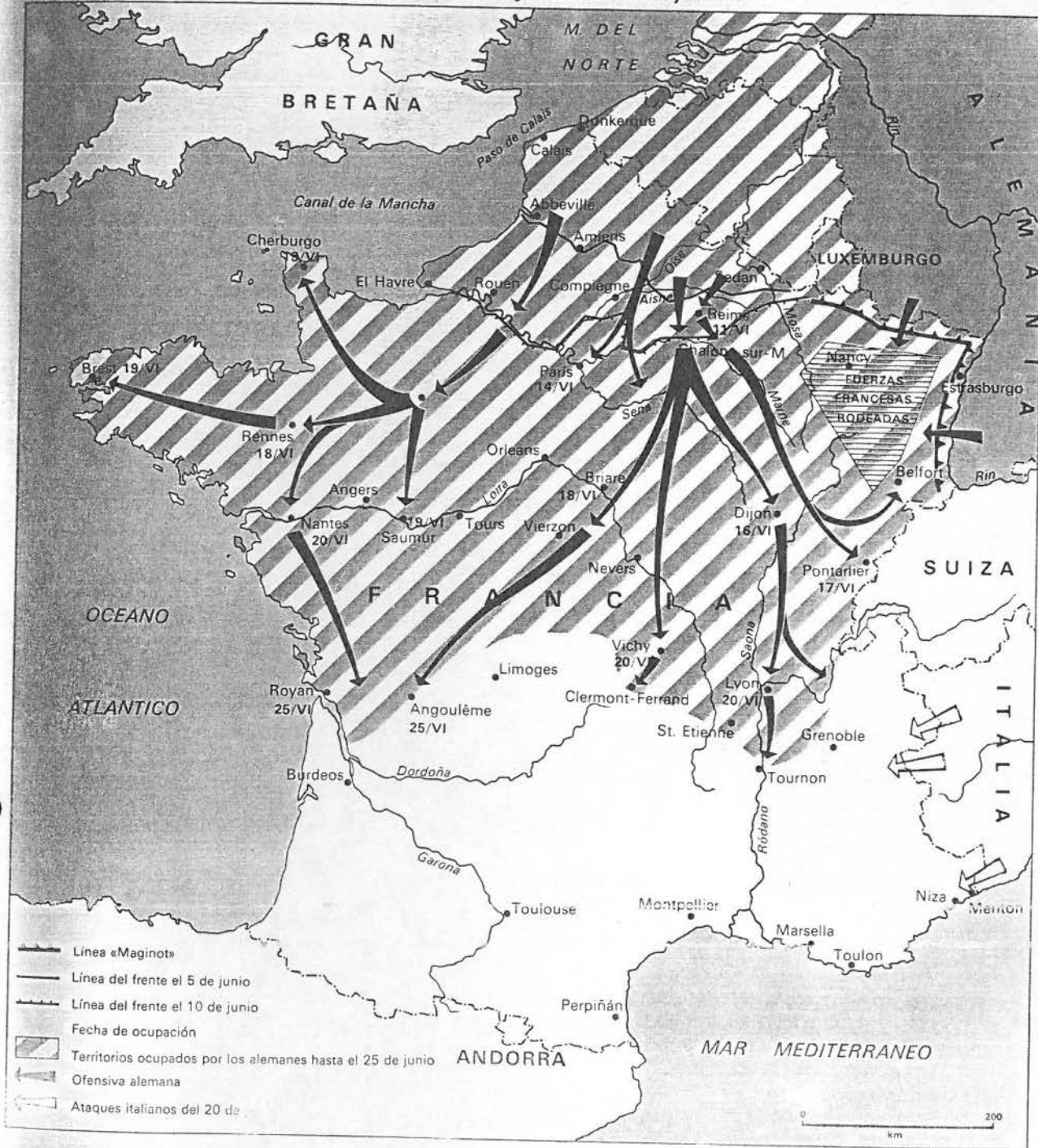
Sin dilación, el flamante gobierno Pétain entró en negociaciones con el enemigo, que se mostró sorprendentemente generoso en sus condiciones. Casi toda la Francia Central y Oriental, integrando cuarenta departamentos, quedaba bajo la soberanía de Vichy, disponiendo de un ejército de cien mil hombres en el territorio francés y de ciento veinticinco mil en las colonias —intactas en su dependencia de la metrópoli— e igualmente de la flota, cuya neutralidad obsesionaba a Hitler por miedo a su salida hacia puertos ingleses. Toda la fachada atlántica del país —futura muralla del Atlántico— pasó a manos de los vencedores, así como las regiones septentrionales y las orientales de Alsacia y Lorena reincorporadas al Reich. Francia pagaría los gastos de la ocupación, en tanto que sus prisioneros permanecerían en Alemania hasta el final de la contienda.

Las campañas periféricas: la «batalla de Inglaterra» y el duelo naval en el Atlántico

La «batalla de Inglaterra»

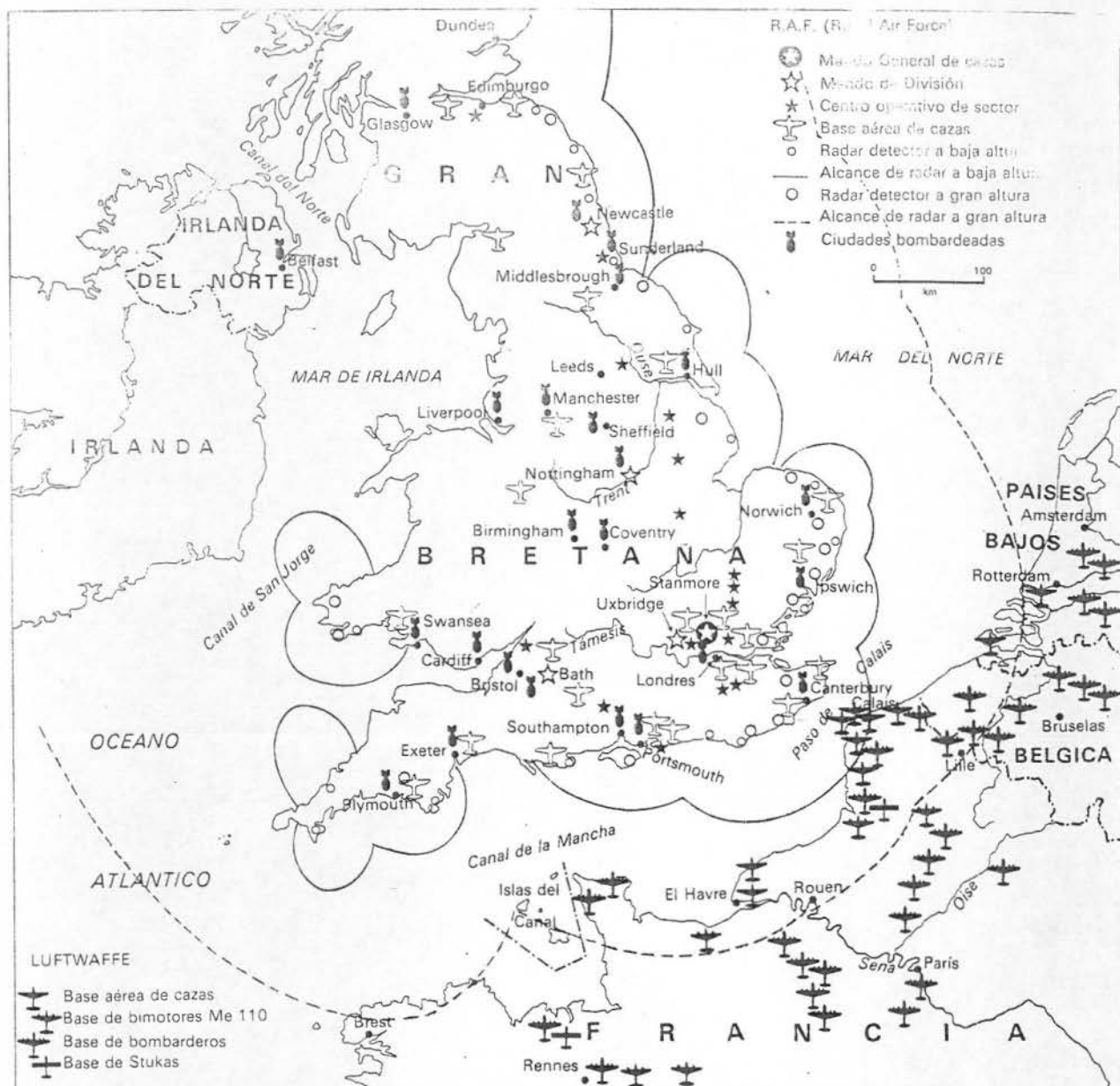
Hitler decretó la invasión de Gran Bretaña sin gran convencimiento íntimo e impulsado por la inercia y por su orgullo. Los preparativos de la aventura del desembarco adolecieron de innumerables defectos por las polémicas suscitadas entre los Estados Mayores de la *Kriegsmarine*, la *Luftwaffe* y la *Wehrmacht*. Sin el perfecto ensamblaje de sus respectivas maquinarias, se repitieron los ejemplos de la «Armada Invencible» y de Napoleón. La escuadra alemana, a pesar de sus activísimos pero todavía insuficientes submarinos, no podía asegurar el control del canal, sin el que resultaba impensable el traslado de los efectivos de la *Wehrmacht*. La *Luftwaffe* tenía, pues, la última palabra en la operación.

LA CAIDA DE FRANCIA (5 de junio-22 de junio de 1940)



Desde mediados de agosto los alemanes centraron sus esfuerzos en la destrucción de los 36 escuadrones del Fighter Command de la Royal Air Force. Pese a la superioridad germana en material —2.669 aviones (1.017 bombarderos, unos 346 bombarderos en picado, 95 cazas y 275 bimotores) frente a 1.350— la Luftwaffe perdió la batalla. Al parecer, la superioridad de la aviación británica, perdida de sus combates, contribuyó a que

dar colaboraron en el triunfo de los británicos. Sin embargo, en este duelo titánico, la victoria estuvo a punto de cambiar de bando en un par de ocasiones gracias, sobre todo, al número de aparatos de la Luftwaffe, pero la falta de realismo e imprecisión de Goering y la mala coordinación de sus esfuerzos en el plan principal de la operación, condujeron a su derrota. Tras la caída de Francia, al trasladarse a Inglaterra y a la batalla de Normandía, se dio de grave-



LA BATALLA DE INGLATERRA: LA OFENSIVA AÉREA CONTRA GRAN BRETAÑA

dad de las estaciones de radar, campos de aterrizaje, refineries de petróleo, fábricas de aviones, aeródromos del mando de cazas, preservó, finalmente, los centros del dispositivo aeronáutico británico, facilitando su capacidad de respuesta, muy vivaz y valerosa.

La «batalla del Atlántico»

Inactiva la *Wehrmacht* y fracasada la *Luftwaffe*, la *Kriegsmarine* era la encargada de poner fuera de combate a una Gran Bretaña que encarnó en solitario, durante unos largos meses, el espíritu de independencia y libertad frente al despotismo nazi. El bloqueo total, decretado por Hitler el 17 de agosto y ratificado con los Estados neutrales en octubre siguiente, fue, en reali-

dad, encomendado casi en exclusiva a los submarinos, ya que las unidades de superficie temían surcar el mar del Norte y el canal de la Mancha por miedo a la *Home Fleet* y a la R.A.F. La «batalla del Atlántico», como había de denominarse esta nueva fase del conflicto, se libró durante más de tres años con dos únicos combatientes: las flotas aeronavales anglosajonas y los submarinos de Dönitz.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra frustró finalmente las esperanzas de Berlín. Tal ruptura de hostilidades iba a señalar el último apogeo de la guerra submarina. Los meses iniciales de 1942 fueron, en efecto, muy favorables para las incursiones de los *U-Boote*, que llegaron hasta las costas orientales de Norteaméri-

Mapa de la batalla de Inglaterra. Incluso contando con unos precisos planes de invasión de las islas Británicas, Hitler no llegó a cruzar el canal. La guerra se limitaría a un

duelo aéreo mortífero entre la Luftwaffe alemana y la RAF británica, con la victoria de los ingleses. A la derecha, camisas negras fascistas antes de embarcar rumbo a Abisinia.

ca, donde volvieron a cobrar fácilmente presas tan sustanciosas como en los comienzos de la campaña contra Gran Bretaña.

Si bien la marina de inmersión constituyó un peligro para el Almirantazgo y para toda la Gran Bretaña insular, no ocurrió así con la de superficie. En esta dimensión, la superioridad británica nunca se puso en tela de juicio. Desde el primer momento, y pese a gozar de las grandes ventajas del dominio de casi toda la fachada continental atlántica, la escuadra alemana no alcanzó objetivo importante alguno. Una de las excepciones más significativas corrió a cargo de dos poderosos cruceros de combate, el *Scharnhorst* y el *Bnegean*, protagonistas de la «operación Berlín», que tenía como objeto dificultar el tráfico británico en el Atlántico Norte en el primer trimestre de 1941. El posterior fracaso de la «operación Rheinübung» a cargo del *Bismarck* y del crucero *Prinz Eugen* desilusionó, finalmente, las esperanzas en los encuentros navales de superficie.

Las guerras periféricas: el desierto

Si Italia, pese a la competencia de sus mandos, dio muestras de su impotencia en el mar, también la evidenció desde el primer momento en las arenas del desierto. Contrariado por la negativa de Hitler —tras el armisticio firmado entre Francia e Italia el 10 de julio de 1940— de ampliar los dominios italianos en el norte de África a costa del Magreb obediente a Vichy, Mussolini pretendió hacer una demostración de la eficiencia de su ejército atacando las posesiones británicas de dicha zona, con la meta última —y utópica— de la conquista de Suez. Pero no pudo mantener la iniciativa ni en el llamado «cuerno de África», ni en Sudán, Kenia o Somalia británica.

La satelización de Italia con respecto a Alemania quedó sancionada con los hechos de la campaña balcánica y los que tenían lugar, en la misma época, en el norte de África. Allí, un genio militar, Erwin Rommel, iba a convertirse en el más popular de los generales de Hitler y, probablemente, de toda la Segunda Guerra Mundial. Desembarcado en Trípoli a mediados de febrero, cuando la situación era desesperada para los italianos, con sólo dos divisiones blindadas —origen del legendario *Afrika Korps*— pasó inmediatamente a la acción.

Las guerras decisivas: las campañas de Rusia

Las grandes prevenciones de Hitler habían sido los ha-



vención de cierta importancia en el Mediterráneo, acotado para las ambiciones fascistas.

Sin embargo, sus planes sobre Rusia experimentaron una notable alteración a causa de los «gestos» de independencia exhibidos ante Hitler por Mussolini en el verano y otoño de 1940. De la misma manera que ya aliado le había ocultado la «hora H» de algunas de sus agresiones, el *Duce* decidió no informar, a su vez, de la invasión que proyectaba sobre Grecia con el fin de consolidar su posición y suprimir las bases y los aliados de Gran Bretaña en la zona. No obstante, la imprevisión volvió a ser la característica principal de su ofensiva sobre la antigua Hélade, llevada a cabo sin previa declaración de guerra. La moral italiana se resquebrajó de forma tan rápida y alarmante que Hitler, inquieto ante el control de Grecia por los británicos, no encontró otra opción que la de introducirse en el «avispero» de los Balcanes, del que siempre había recelado.

Únicamente su temor a los bombardeos de los vitales yacimientos petrolíferos rumanos y a la amenaza que suponía para sus proyectos rusos un enemigo como el británico situado en uno de los flancos más decisivos de ataque, pudo inclinarle a una revisión parcial de sus planes y, sobre todo, a un aplazamiento de la ofensiva contra Stalin. Sin embargo, no pudo evitar tener que dilatar sus frentes y enfrentarse a una empresa más decisiva a la larga, a causa, en parte, de que el ejército soviético, tras la victoria de la guerra civil, había alcanzado un nivel de preparación que...

El mariscal Semyon Timoshenko, que frustró el avance alemán de noviembre de 1941, sobre los campos petrolíferos de la Unión Soviética en el Cáucaso. El pacto

germano-soviético de 1939 fue un compás de espera aprovechado por Stalin para reforzar el Ejército Rojo y por Hitler para dominar Europa. Al fin, el verano de 1941 la

Wehrmacht cruzó la frontera ruso-germana, con el objetivo de llegar cuanto antes a Leningrado, Moscú y las tierras negras de Ucrania. En otoño de ese año, aún no habiéndose

cumplido los objetivos marcados, el Tercer Reich lograba controlar un millón de kilómetros cuadrados, como muestra el mapa de la derecha.

Planes e ideas de Hitler sobre Rusia. La invasión Avezados en los análisis de Clausewitz, los hombres del alto Estado Mayor percibían con toda nitidez que sólo una campaña fulminante —continuación, en cierto modo, de las de la Europa balcánica—, que descoyuntara la osamenta del Ejército Rojo, podía ofrecer posibilidades de éxito donde las tropas de Carlos XII a principios del siglo XVIII y las de Napoleón, victoriosas por toda Europa, un siglo más tarde, habían acabado por rendirse a la superioridad humana y a los rigores del «general invierno». La escasa sutileza de sus servicios de inteligencia y la conciencia de su propia superioridad determinaron que los diseñadores de la campaña de Rusia infravalorasen no sólo la capacidad y moral del adversario, sino incluso sus mismos efectivos y posibilidades militares.

La alianza *contra natura* entre ambas naciones en 1939 fue un mero compás de espera, sobre todo para Hitler que, antes y después de la firma del pacto, pensaba esculpir definitivamente su figura histórica demoliendo el Kremlin, símbolo de todos los males que amenazaban a Occidente. Pese a su agnosticismo y a su franco desprecio por el cristianismo, el autor de *Mein Kampf* no dudaba tampoco en presentarse como campeón de una nueva cruzada religiosa para ensanchar los límites de la Cristiandad en pos de las hazañas de los caballeros teutónicos, modelos del más acendrado germanismo y dignos de imitación por la juventud alemana educada bajo el régimen nacionalsocialista.

El recuerdo del «Capitán del siglo» y su *Grande Armée* aleteaban sobre los jefes de los cuerpos y unidades aprestadas —120 divisiones de infantería, 70 motorizadas—, a lo largo de un frente de más de 1.500 kilómetros, a la invasión de la inmensa Unión Soviética. También este ejército sería muy pronto multilingüe y multirracial al comprender, a partir del otoño, fuerzas rumanas, italianas, finlandesas, eslovacas y, algo más tarde, españolas, belgas y francesas, estas últimas a título de voluntarias y con menos efectivos.

Doce ejércitos soviéticos resistieron en un momento inicial la embestida de la *Wehrmacht*, configurada cada una de estas unidades básicas de la reglamentación castrense soviética por cinco divisiones con formaciones de apoyo de las diversas armas.

Pese a los notables éxitos iniciales conseguidos por el ejército alemán, el verano transcurrió sin que los cálculos de Hitler se hubieran cumplido. Ya en los primeros meses de la invasión —con una aviación enemiga casi totalmente destruida o desarbolada—, la proporción de las bajas alemanas se elevó a una cifra aterradora comparada con la de las campañas precedentes (10 por 100). Como preveían los generales menos op-



timistas, la geografía del país se convirtió, antes de lo esperado, en un invencible aliado del enemigo. Pero, no sólo frenaron el avance alemán elementos contrarios, pues las propias torpezas de sus directrices colaboraron en gran manera a su fracaso. A mediados de julio, cuando la embestida alemana decreció en su asombroso ritmo inicial, un Hitler desconcertado ante la feroz resistencia enemiga situó en Kiev el objetivo central de la campaña, para trasladarlo unas semanas después a Leningrado.

Espacio y hombres a cambio de tiempo sería la vieja estrategia aplicada por el S.T.A.V.K.A. (Cuartel General soviético) tras las primeras semanas de la invasión, hasta que la batalla de Moscú le hizo comprender la imposibilidad de mantenerla ante el inminente peligro del desplome del Estado soviético. Conscientes de los puntos débiles de su teoría, Hitler y los estrategas supremos del alto mando de las fuerzas armadas desechaban cualquier indicio de descalabro proyectando e imaginando una inmediata destrucción de los centros vitales del ejército enemigo.

Las metas de la «Wehrmacht»

Tres fueron las metas marcadas a la *Wehrmacht*, estacionada igualmente en tres grandes bases de partida, al llegar el «día D» y la «hora H» —22 de junio, a las 5,40 horas—. Desde sus acantonamientos en la Prusia Oriental, el grupo de cuerpos del ejército «Norte», con 29 divisiones, al mando del mariscal Von Leeb, tenían que



apoderarse de Leningrado, al tiempo que el situado en la frontera ruso-polaca, el grupo de cuerpo de ejércitos «Centro», dirigido por el mariscal Von Bock, con 49 divisiones, tenía que penetrar hacia Moscú; y, por último, el denominado «Sur», bajo las órdenes de Von Rundstedt e integrado por 42 divisiones, recibía la consigna de dominar la zona industrial del bajo Dniéper y las ricas tierras negras de Ucrania. En conjunto, todos estos efectivos sobrepasaban el 70 por 100 de los contingentes germanos, debido, sobre todo, al necesario estacionamiento del resto de sus fuerzas en los países ya ocupados.

Al cabo de 100 días, las victorias y éxitos sucesivos no podían ocultar a los altos mandos alemanes que los objetivos primordiales no se habían alcanzado.

Con la llegada de las grandes lluvias otoñales, el cerco de Leningrado estaba muy lejos de provocar la caída de la ciudad y la rendición de sus heroicos defensores, en tanto que Moscú constituía un objetivo lejano y en el sur tampoco sus éxitos habían sido decisivos. Ante la sorpresa de los soviéticos, sus enemigos siguieron adelante en el afán de conquistar Moscú, convertida, ahora, en objetivo prioritario («operación Tifón»). En la marcha hacia esta ciudad, tres cuerpos de ejército, junto a los *panzers* de los generales Hoth y Hoppner, aniquilaron en una gran maniobra envolvente —600.000 prisioneros— a las tropas de los mariscales Timoshenko y Voroshilov, encorsetadas de cerrarles el paso, conquistando las ciudades de Briansk, Mzma, Oriol, Kalinin y Tuluga.

Por las mismas fechas, las formaciones germano-rumanas cruzaban el bajo Dniéper y cercaban a dos ejércitos enemigos en la región de Berdiansk. Toda la Ucrania Oriental quedaba en manos de los nazis y sus aliados hasta la cuenca del Donets con los grandes centros fabriles de Bielgorod, Jarkov, Kalinin y la orilla occidental del mar de Azov.

Como había hecho Hoth en la cuenca del Donets, Von Manstein penetró a marchas forzadas en Crimea tras ocupar Odessa y, una vez franqueado el istmo de Perekop, sitió Sebastopol. Al mismo tiempo, en el norte, Leningrado quedaba aislado una vez tomado al asalto Shlusalburg y alcanzado por los finlandeses el río Soir.

Un millón de kilómetros cuadrados de la Unión Soviética había caído en poder del Tercer Reich al terminar octubre.

El avance alemán hacia la hecatombe de Stalingrado

Durante el verano de 1942 aparecieron los últimos fulgores de la *Wehrmacht*. Si El Alamein y la «operación Torch» implicaron el canto del cisne del dominio del Eje en el norte de África, la batalla de Stalingrado supuso igualmente la desmitificación de una *Wehrmacht* invencible y el comienzo del fin de la invasión de la Unión Soviética.

A finales de la primavera de 1942, cuando los alemanes iniciaron su segunda ofensiva de verano en Rusia, muy pocos eran los militares de los países neutrales



A la izquierda, detalle de un combate en una fábrica de Stalingrado. La derrota de Von Paulus en Stalingrado supuso el principio del fin de la Alemania nazi. A la

Casino y de la abadía del mismo nombre después del devastador bombardeo aliado. Monte Casino era el eje de un sistema defensivo alemán en los

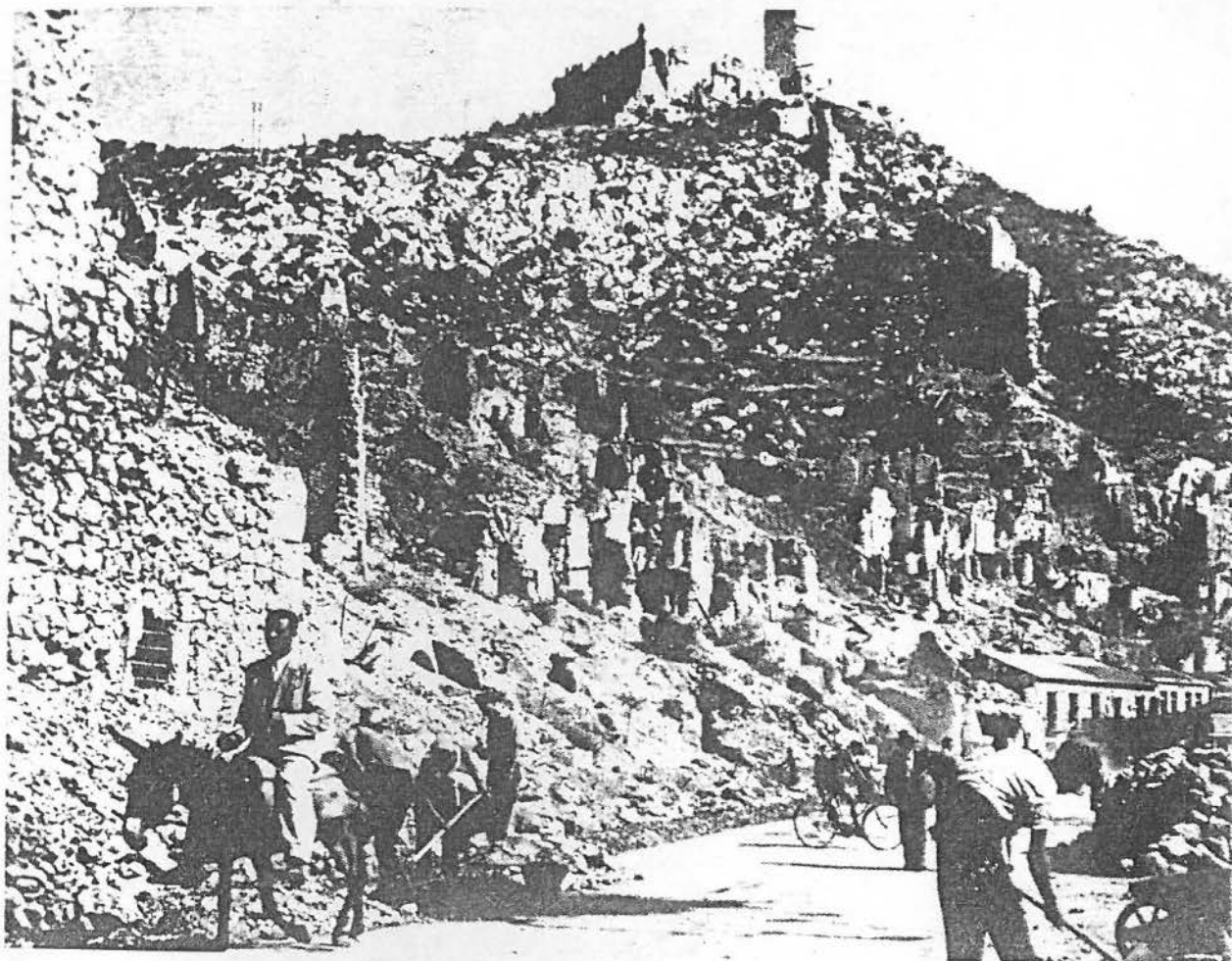
y de los mismos comprometidos en la guerra, preveían tales acontecimientos. Después de haber resistido con éxito en sus posiciones «erizo», de reagrupar con maestría su frente y de corregir algunos de los principales errores de la campaña precedente en cuanto a coordinación de la masa de infantería, de un lado, y las divisiones de asalto y tanques, de otro —creación de grupos autónomos enteramente motorizados, con su artillería y sus centros de reparaciones y abastecimiento—, además de dibujar y concentrar mejor sus metas, la *Wehrmacht* volvía a ser sobre el papel una máquina invencible. Esta vez, sin embargo, la iniciativa correspondió, aunque por escaso margen de tiempo, al adversario, el cual había planeado la reconquista del gran centro industrial ucraniano de Jarkov mediante dos ataques simultáneos por el sur y por el norte. El 12 de mayo, al frente de 400.000 hombres, el mariscal Timoshenko emprendía la ofensiva, encontrándose con un contraataque alemán que puso en peligro su flanco meridional, sucumbiendo, finalmente, ante el empuje alemán. Después de su éxito, los vencedores eligieron para su penetración la zona de Kurks-Jarkov, débilmente guarnecida porque Stalin había concentrado sus tropas en el sector de Orel.

Tras diversas alternativas y convencido por la argumentación incansable de sus generales de la imposibilidad de quebrar el espinazo de los ejércitos enemigos en una gran batalla o conjunto de ellas, pues cada vez sus fuerzas estaban mejor mandadas y equipadas y se manifestaban como inagotables sus reservas humanas, el *Führer* concibió —directriz de 23 de julio— el colapso de su adversario a consecuencia de la ruina económica, ocasionada por la pérdida de las ricas comarcas comprendidas entre las cuencas del Don y el Donets, el trigo de la llanura de Konbany y el cese del abastecimiento de Moscú con el petróleo caucásico. No obstante la conquista de amplios territorios y de algunos éxitos resonantes, no se produjo el deseado colapso enemigo. La ocupación —por el VI Ejército— de Stalingrado a mediados de septiembre, se revelaba cada día más empeñada y difícil, en un interminable y duro combate callejero, en el que llegó a disputarse durante 58 días la posesión de un edificio. Así, Stalingrado se convertía por la propaganda de uno y otro bando en símbolo de los destinos del mundo. Antes de que Von Paulus la dominase por completo, el 19 de noviembre los rusos lanzaron con pleno éxito un ataque envolvente al sur y al norte de la ciudad contra los dos flancos alemanes, que supuso el cambio definitivo de orientación en la batalla. Las repercusiones y consecuencias de esta hecatombe fueron indudablemente más profundas para los alemanes.

Aunque impulsada doblemente por el nacionalismo y la ideología, la historiografía ha silenciado o rebajado a cifras ínfimas el apoyo y la ayuda prestados por los anglosajones a los soviéticos, pero lo cierto es que la cooperación a su triunfo final fue muy considerable. Desde septiembre de 1941 hasta casi el término de la contienda, los convoyes de la marina británica y estadounidense abastecieron regularmente a la Unión Soviética de pertrechos y alimentos a través de las rutas marítimas del Ártico o de la terrestre de Irán e, incluso, mediante puentes aéreos.

Otro factor de gran relevancia en la resistencia victoriosa de la Unión Soviética fue la neutralidad japonesa, pues, sorprendentemente, el pacto anti-Komintern, firmado en Berlín (1936) por Hitler y el embajador nipón, y al que posteriormente se uniría Italia, no contemplaba la alianza entre el Imperio del Sol Naciente y el Tercer Reich en caso de un hipotético enfrentamiento bélico de éste con la Unión Soviética.

Pero, por encima de todo, fue el soldado soviético, como ya se ha apuntado, el elemento sobre el que, en última instancia, iba a descansar todo el titánico esfuerzo de un pueblo que no perdía la fe en sí mismo ni en los peores momentos.



Los grandes desembarcos

Al contrario que en la Unión Soviética, la campaña de 1943 en el frente occidental no supuso el punto de inflexión definitivo en el enfrentamiento entre el Eje y los anglosajones.

La irrupción en el continente por una de las penínsulas mediterráneas respondía a la idea de debilitar en todo lo posible la fuerza de Alemania antes de lanzarse al ataque definitivo. Frente a la reticencia de sus aliados, que seguían remisos a la idea de llegar pronto a un enfrentamiento general con los alemanes y amenazar seriamente el centro de su dispositivo —idea aplaudida calurosamente por Stalin—, los británicos abogaban por llevar la guerra a Italia. De esta manera, el Mediterráneo pasaría por completo al control aliado, circunstancia que, a su vez, haría meditar a los regímenes autoritarios de España y Turquía sobre la conveniencia de participar en la lucha contra el Eje. Se optó por la invasión de Italia («operación Husky»). Las victoriosas tropas aliadas del norte de África, tras la ocupación de la isla Pantelaria, llegaron a Sicilia el 10 de julio sin encontrar más obstáculos que el previsto por las divisiones

italiano protagonizaron una mínima oposición tanto a la preparación del desembarco como a su realización. El 25 de julio, en una sesión del Gran Consejo Fascista presidido por Mussolini, éste fue compelido a abandonar el poder. Víctor Manuel III —muy desfavorable siempre a la vinculación con la Alemania hitleriana— vio en la defección de la vieja guardia fascista la mejor oportunidad para llevar adelante sus planes para que su país abandonara la guerra. Rematando la suerte de Mussolini al obligarle a presentar la dimisión, recuperó el mando efectivo del ejército y encargó al mariscal Badoglio la formación de un nuevo gabinete. Mientras éste y el rey decidían unirse a los aliados, éstos desembarcaban en Salerno el 9 de septiembre —V Ejército angloamericano— y en Bari y Brindisi el 12 de septiembre —VIII Ejército británico—. Sin embargo, liberado el *Duce* (mediante la célebre acción de los comandos del teniente coronel austriaco Skorzeny) y establecido en el norte de la Península Itálica el «Estado Republicano Fascista» —luego, «República Social Italiana»—, los alemanes contaron con los medios necesarios para hacer casi impenetrables los progresos de los aliados desde los departamentos de Nápoles y de Bari. (ver p. 7)



El general Eisenhower fue el comandante en jefe de las fuerzas aliadas que desembarcaron en las playas de Normandía. La operación, bautizada con el nombre de «Overlord», suponía el asalto a Europa, y la operación militar más grande de la historia.

La «línea Gustavo» fue el principal dispositivo de defensa establecido por la *Wehrmacht* en los Apeninos, con su eje en Montecassino, cuya abadía fue ocupada por los paracaidistas alemanes del general Von Arnim hasta su bombardeo y destrucción por la aviación aliada. Sobrepasado este obstáculo, la ofensiva lanzada por el general Alexander el 11 de mayo rompió sin dificultad el obstáculo siguiente —la «línea Hitler»—, situado a 20 kilómetros al sur de la Ciudad Eterna. Declarada «ciudad abierta» por los alemanes el 24 de agosto anterior, el 4 de junio de 1944 sus nuevos conquistadores la encontraron prácticamente intacta. La acometida aliada se vio frenada por la reagrupación de fuerzas organizada por Kesselring, que se aprestaba a pasar todo el final de la guerra tras la última de las líneas de defensa de los alemanes en Italia: la «línea Gótica».

El «día D», la «hora H»

Fijada, inicialmente, la fecha del desembarco aliado en Francia para el día 1 de mayo de 1944, Eisenhower se tasladaba a fines de 1943 a Gran Bretaña para preparar, con la minuciosidad propia de los estrategas estadounidenses, los mil y un asuntos concernientes a la mayor operación logística («Overlord») conocida en la historia de la Humanidad.

El eje sobre el cual iba a girar toda la estrategia de la operación era plantear una acción ejecutada por una

fuerza móvil sobre un gigantesco frente estático. El lugar del desembarco se fijó como un tema sustantivo. La zona de Calais era la más apta para ser abordada por las lanchas de desembarco, pero, al ser también la mejor defendida —19 divisiones—, se reemplazó por la gran ensenada entre el estuario del Sena y la península de Cotentin.

El punto esencial de la que se preveía como última y definitiva acción contra el Tercer Reich consistía en descoyuntar por entero su capacidad de respuesta, ya que aún disponía de recursos, que, limitados, sabía utilizar con increíble eficacia. La aviación tenía aquí, claro está, la última palabra. La «técnica del tapiz», consistente en cubrir un área clave con bombarderos y arrasar todo el perímetro que quedaba debajo con toneladas y toneladas de proyectiles, sería perfeccionada ahora. Así, al igual que habían hecho en 1943 sobre las zonas del Rhur, Hamburgo y Berlín, desde el comienzo de la primavera de 1944 los raids aliados se concentraron fundamentalmente sobre el sur y el oeste de Alemania sin descuidar por ello los territorios neerlandeses, belgas y franceses próximos al mar.

La lenta progresión aliada inicial en el continente cambió de signo al provocar los estadounidenses —«Ofensiva Cobra»— la ruptura de Avranches, y penetrar Patton como una exhalación por el estrecho paso dejado por los alemanes, volviendo a reproducirse una situación muy semejante a la ofensiva de las Ardenas de cuatro años antes. Una vez concluida la batalla de Normandía, todo el sudoeste y centro del país quedó liberado acto seguido y más de una treintena de departamentos vieron marchar apresuradamente a sus ocupantes, acosados por la aviación aliada y los maqui-



El camino de París quedaba expedito. Poco más tarde, la 2ª División blindada del francés Leclerc entraría en la capital, dejada intacta por el gobernador militar alemán, y en la que al día siguiente De Gaulle instalaría un gabinete provisional.

El hundimiento alemán y la marcha hacia el Rin

Desde pocos días antes de la reconquista de la capital de Francia, la *Wehrmacht* tenía que luchar en un cuarto frente. Relegando una vez más los fervientes deseos británicos de que el general Alexander pasase de Italia a Europa Central a través de Trieste y Yugoslavia, los estadounidenses impusieron sus puntos de vista, y, junto con los franceses, llevaron a cabo la denominada «operación Aunville», y luego la «Dragoon». Su objetivo era apoderarse de Marsella y Tolón, y avanzar hacia el norte a lo largo de la frontera suiza. En Provenza, el VII Ejército estadounidense ocupó una cabeza de playa de unos 23 kilómetros, al sudoeste de Cannes. Sin punto de reposo, comenzó la liberación y el ascenso del valle del Ródano. El general del I Ejército francés, De Lattre de Tassigny —no excesivamente bien visto por De Gaulle—, dirigió con pericia y tino inigualables el avance por el sur, bien aceptado por los estadounidenses: ocupación de Tolón, Marsella, Montpellier y Narbona, Lyon, Besançon y Dijon.

La retirada alemana de todo el Mediodía francés estuvo empañada por los actos vandálicos cometidos por las S.S., como la famosa matanza de Oradour-sur-Glane —criticada vehemente e inútilmente por Roosevelt— y la llamada igualmente por los alemanes y nazis sin

A las 3 horas y 30 minutos del 6 de junio de 1944, los aliados empezaron el desembarco en la península de Normandía. Las playas se dividieron en cinco sectores: dos para los americanos, dos para los ingleses y uno para los franceses.

cuento cometidos por el régimen de Vichy y la ineffectividad de las autoridades gaullistas. Francia vivió durante varios meses un clima de verdadera guerra civil, que la inteligencia y energía del general De Gaulle logró impedir, no sin que la represión de los antiguos colaboracionistas y petainistas arrojase el saldo trágico de más de 100.000 víctimas, conforme estimaciones que se consideran muy por debajo del número real.

Liberada Francia casi en su totalidad, la estrategia aliada sólo tenía ya un objetivo: la frontera alemana, donde le esperaba la famosa «línea Sigfrido» mucho menos extensa y más débil que la Maginot, y, como ésta, fácilmente rebasable. Muchos comentaristas y casi todos los generales aliados albergaban grandes esperanzas sobre el fin de la guerra, y el larvado antagonismo entre los estadounidenses y los británicos, sobre todo entre Montgomery y Eisenhower, afloró entonces con la más cruda realidad. En privado, y a veces también en público, los británicos no se recataban en criticar la teoría del «frente amplio» —desde la desembocadura del Rin hasta el Sarre y la alta Alsacia—, que, con desprecio al infalible principio de la concentración de fuerzas, propugnaba el general en jefe de los ejércitos aliados. Esta tesis, a despecho de algunas victorias —Aquisgrán, Metz y Estrasburgo— implicó, ciertamente, la dispersión de los objetivos y de los hombres por la diligente y organizada defensa del adversario.



El resultado de los errores de unos y de otros conllevó, como no podía ser menos, abundantes consecuencias para el futuro de la Europa Occidental. El gran sueño de Churchill de alcanzar Viena y Praga antes que los soviéticos no llegó a hacerse realidad; y, por encima de contraposiciones ideológicas y políticas, toda Europa y buena parte del mundo sufrirían la pesada herencia del desierto estratégico de los jefes militares aliados al prolongarse durante varios meses el curso de una guerra auténticamente «total» entre los pueblos y hombres que en ella contendían.

La respuesta alemana: la batalla de las Ardenas

Llegado el otoño, el Rin no había sido alcanzado en ningún punto del frente extendido entre Alsacia y Lorena. El intento de Montgomery por acortar la contienda demostrando la posibilidad de adentrarse en el corazón de Alemania a través de los Países Bajos —«operación Market Garden», desplegada en la zona Arnhem—, terminó en un fracaso, desautorizando así los audaces, aunque tal vez certeros, puntos de vista del atrabiliario vizconde del Alamein, que se vio obligado a retirarse hacia el Rin inferior.

Sería éste el momento muy hábilmente elegido por Hitler para jugar su última y desesperada baza en el

Ocupación de Bastogne por el ejército americano. La noche del 15 al 16 de diciembre de 1944, comenzó la ofensiva de las Ardenas por parte del ejército alemán. La batalla

de las Ardenas pretendió ser la gran ofensiva alemana que cortara en dos al ejército aliado tal como había ocurrido cuatro años atrás en la primavera de 1940.

frente oeste; su instinto, tan certero en el pasado en muchas ocasiones, volvió a prestarle ahora una gran confianza en sus dotes de estratega. Rechazando todas las presiones de sus colaboradores inmediatos para canalizar las últimas energías del Reich hacia el frente oriental, el dictador nazi encomendó al triunfador de la campaña de las Ardenas de 1940, el mariscal Von Rundstedt, tan poco afecto a su persona y al nacional-socialismo, que formara tres ejércitos de tropas veteranas, con las que lanzarse —por los mismos escenarios de la primavera de 1940— a una ofensiva relámpago para romper el cerco que, poco a poco, estrangulaba a Alemania. Su meta radicaba en dividir en dos las tropas aliadas establecidas en las Ardenas, cruzar el Mosa y seguir en flecha hacia el norte, para arrojar otra vez al mar a los aliados. El Mosa fue franqueado y algunas divisiones estadounidenses, como, por ejemplo, la 7a., se rindieron o quedaron copadas, en especial, en torno a la ciudad de Bastogne. La falta de carburante y la reacción de Patton y de Montgomery destrozaron días más tarde de su comienzo, el canto del cisne bélico del Tercer Reich.

La gran ofensiva soviética de 1944-1945

La «operación Overlord» no debe hacer olvidar la trascendencia que en todos los aspectos revistió la campaña de verano llevada a cabo en el frente oriental por los ejércitos soviéticos. Tres iban a ser esencialmente las metas perseguidas por sus estrategias: acabar con los restos del frente báltico, continuar su penetración en el frente del centro para, después de alcanzar el Niemen y cruzar el Vístula, llevar la guerra a los mismos territorios alemanes de Prusia Oriental y, finalmente, progresar en su conquista de los Balcanes, zona básica desde todos los puntos de vista para los intereses y seguridad de la Unión Soviética. Participaron en ella decenas de millones y medio de hombres. La campaña báltica fructificó en peripecias militares y diplomáticas. Los éxitos rusos en Carelia convencieron a Finlandia de la necesidad de un acuerdo con el antiguo enemigo. Firmado el armisticio con la Unión Soviética, los alemanes le declararon la guerra, lo que provocó la unión de las tropas finlandesas y soviéticas frente a las germanas, que, ante su presión, se retiraron desde el norte de Finlandia y Noruega.

Si esta ofensiva fue pródiga en lances de todo tipo, no le anduvo a la zaga la segunda, ya mencionada. El ariete soviético expulsó, en menos de un mes y medio, a la *Wehrmacht* de sus últimas posiciones en la Unión Soviética, posibilitando la reconquista de casi todo



Manifestación en Budapest con motivo de la llegada del ejército soviético. El 12 de enero de 1945 siete ejércitos soviéticos iniciaron una ofensiva desde el Báltico al Danubio. El 15 de

febrero el general Malinowski, al mando del II Ejército, consiguió entrar en la ciudad de Budapest después de superar un duro, largo y escabroso asedio.

suelo de los países bálticos perdidos cuatro años antes. El fulminante ataque soviético —500 kilómetros en un mes— despertó las esperanzas de los polacos en un próximo sacudimiento del yugo nazi, allí quizás más duro que en cualquier otro país ocupado. Reconquistada toda la zona de esta gran nación que había sido anexionada en el botín de septiembre de 1939, los soviéticos se plantaron en los aledaños de Varsovia, deteniendo un tanto sorprendentemente su veloz avance hasta enero siguiente. Creyendo en la inmediata irrupción de las tropas comunistas, los habitantes de la capital pretendieron colaborar a la empresa mediante un levantamiento general, comenzado el 2 de agosto. La lucha fue implacable, y la represión aún fue más inhumana.

La pasiva actitud de las tropas del mariscal Kosolmov fue censurada por la prensa occidental. La postura envenenó todavía más las relaciones entre el gabinete provisional polaco residente en Londres y el Kremlin, ya de por sí sumamente tensas desde que en 1943 los alemanes hallaron cerca de Smolensk (Katyn), en siete fosas, las hacinadas sepulturas de 7.000 oficiales polacos, todos con las manos atadas a la espalda, hechos prisioneros por los rusos en septiembre de 1939 y fusilados poco más tarde.

La fortaleza que la máquina bélica soviética había alcanzado en el estío de 1944 era tal que...

denar sin mayores dificultades, simultáneamente a los dos ataques ya mencionados, una tercera ofensiva para expulsar a los alemanes de la exigua franja de territorio soviético aún en su poder. La reanexión de Besarabia figuraba, claro es, como el primer objetivo de su empeño, que no por ello dejaba de contemplar vastas perspectivas, con la idea de dominar todo el territorio atravesado por el Danubio. En especial, tanto en Rumania como en Bulgaria se produjo un radical cambio de escenario, quedando ambas bajo tutela soviética; los comunistas rumanos y búlgaros exiliados en la Unión Soviética comenzaron inmediatamente en ambos territorios a tejer la red que había de conducirles a la toma in-cruenta del poder en Sofía y Bucarest.

Más compleja fue la situación en Hungría, donde los alemanes consiguieron convertir la capital en un bastión inexpugnable durante varios meses de dura lucha, que permitía a las tropas germanas, provenientes de Grecia y hostilizadas por doquier en una muy difícil retirada, ganar el territorio patrio.

La liberación de Grecia y Yugoslavia. El gran avance final soviético

En suelo heleno, Stalin cumplió escrupulosamente el reparto de influencias establecido en Teherán y ratificado en Moscú en octubre de 1944. Después de haber contribuido en gran medida a la retirada alemana, las fuerzas británicas se empeñaron, con el apoyo de los sectores partidarios de la restauración de la monarquía en la persona del rey Jorge II, en una guerra sin cuartel con la guerrilla comunista. La neutralidad del Ejército Rojo, en las fronteras mismas del país, fue, como se ha dicho, casi total.

La situación en Yugoslavia fue diferente; de todos los países avasallados por el Tercer Reich, éste presentó el más indomable espíritu de independencia. En octubre, por su propio esfuerzo —ya que la ayuda de las tropas soviéticas fue tan insustancial y escasa—, Tito y sus seguidores se apoderaron de Belgrado.

Como concesión a sus aliados, los soviéticos adelantaron una semana la «operación Vístula» —12 de enero de 1944—. La *Stavka* (Consejo supremo militar soviético) encomendó a sus jefes la misión de asestar dos poderosos golpes al enemigo en los sectores de Poznan y Breslau para dividir después a las tropas germanas y destruirlas por separado. Tanto por el número de ejércitos que la protagonizaron como por la importancia de los equipos y armamento empleados, esta ofensiva fue la mayor de las realizadas durante la Segunda Guerra Mundial.

El mariscal Josip Broz Tito, futuro presidente de Yugoslavia, fue uno de los líderes partisanos que combatió a los alemanes. El movimiento de la resistencia se presentó en

Yugoslavia dividido en diversas fracciones de partisanos. Entre ellas las tropas guerrilleras del general anticomunista Mihailovich y los partisanos comunistas del mariscal

Tito. Éste, con ayuda de comandos ingleses, ocupó primero la costa dálmata y después toda Yugoslavia. Expulsó a los alemanes y juzgó como criminal de guerra al general

Mihailovich. A la derecha, imagen de Churchill y Roosevelt a bordo del «Prince of Wales», anclado en la bahía de Placentia, en donde fue proclamada la «Carta del Atlántico».

Dada la coyuntura internacional, era lógico que una operación de tamaño envergadura estuviera milimétricamente planeada por Stalin, cada vez con mayor habilidad de estadista. Aparte de la inmediata caída de Varsovia, la ocupación de la importante región industrial de Silesia —la de mayor pujanza del Reich después de la cuenca del Ruhr—, y la penetración por la línea más directa hacia Berlín se convirtieron en los dos objetivos políticos clave de la operación.

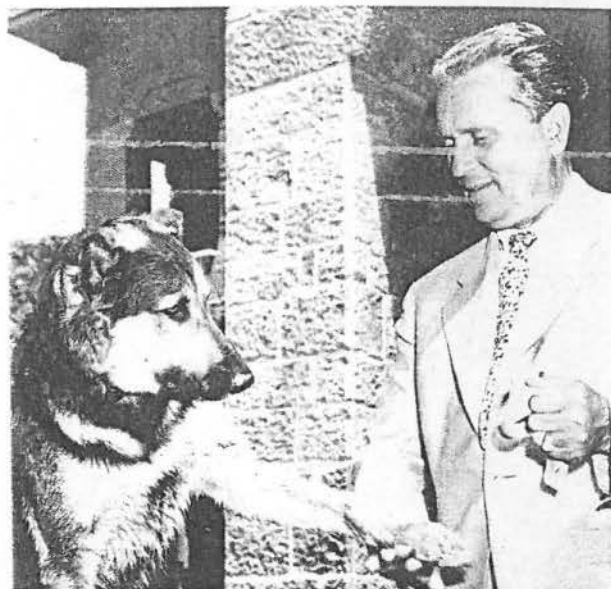
La fantástica pretensión de Hitler de convertir toda fortaleza y toda ciudad de la Alemania del Norte en plaza fuerte que tenía prohibido rendirse, no sirvió sino para hacer más dura la suerte de un ejército obediente hasta el fin y de unos ciudadanos, que, contra toda esperanza, se aferraban a un golpe de efecto final que transformase la derrota en victoria.

Una vez evacuadas las márgenes del Rin, las formaciones germanas retrocedieron sobre el Ruhr, afanándose en una resistencia desesperada. Allí, el único mariscal en quien —aparte de Kesselring— Hitler confiaba, Model, se suicidó al ver cercados sus efectivos, que, en número de 300.000 hombres, capitularon el 13 de abril de 1945, por las mismas horas en que el mariscal soviético Malinowski ocupaba Viena. Para entonces las tropas aliadas habían penetrado en algunos territorios encomendados en Yalta a los soviéticos, y tanto Berlín como Praga quedaban cerca de sus avanzadas. Dos días antes, el 11 de abril, la vanguardia del IX Ejército estadounidense entró en Magdeburgo y cruzó en las horas siguientes el Elba. Sin embargo, por orden expresa de Eisenhower las tropas se detuvieron allí sin continuar hacia el este del río ni penetrar en Checoslovaquia.

El fin de la guerra en Europa. La batalla de Berlín

En los países que a comienzos de 1945 aparecen ya prácticamente derrotados, la demencia o, cuando menos, la pérdida absoluta del sentido de la realidad dominó la mayor parte de sus esferas rectoras, y, sobre todo, sus centros de decisión.

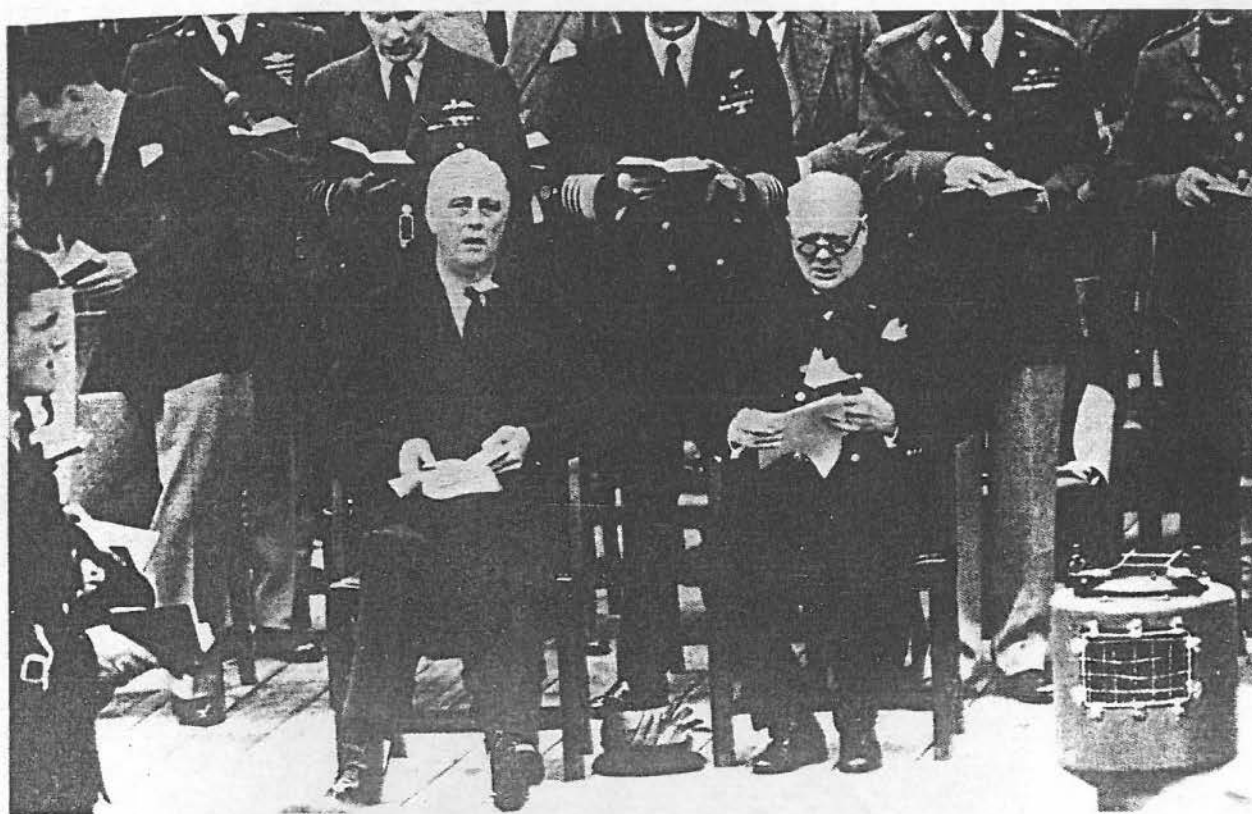
Sin embargo, aprovechando la prolongada detención de las tropas de Zhúkov y Kóniev en el Oder, Hitler ordenó, entrado marzo, la última ofensiva de su ejército, desplegada sobre el lago Balatón. Los errores de los generales soviéticos y el ardor de últimas tropas alemanas mecanizadas, en especial las divisiones de las *S.S. Waffen*, hicieron creer al dictador la eventualidad de seguir controlando el petróleo húngaro, postrer e insustituible balón de oxígeno para una industria, que, increíblemente, todavía seguía funcionando con rendi-



mientos más que aceptables. Al fin, como era lógico, se impuso la superioridad soviética.

Espoleado por el avance aliado y deseoso de que sus tropas conquistasen Berlín, sin mayor interés para los estadounidenses —cuyo presidente Roosevelt había muerto el 12 de abril—, Stalin ordenó a Zhúkov y Kóniev que emprendieran la ofensiva final. Sólo las fuerzas del general alemán Heinrici, con una inteligente táctica de retirada, gracias a no haber comprometido sus reservas en los primeros choques al imponente bombardeo artillero adversario, infringieron a éste pérdidas muy considerables —3.000.000 de hombres entre muertos heridos y desaparecidos—. El asalto a la ciudad de Berlín comenzó, propiamente, coincidiendo casi con el cumpleaños (56) de Hitler, y dio lugar a un combate épico entre las tropas del Ejército Rojo de una parte, y la juveniles *Hitlersjungen*, los quincuagenarios componentes de los *Volkssturmen*, así como los restos de la unidades dispersas de la *Wehrmacht*, por otra.

Antes de suicidarse el 30 de abril en el búnker de la Cancillería, Hitler transmitió sus poderes —una vez de clarados traidores y destituidos Goering y Himmler— al almirante Dönitz. Con la caída del Tercer Reich sucumbió un régimen que había establecido la tortura y el asesinato colectivo como «sistema». Los campos de Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen, Cross-Rosen, Flörsberg, Neuengamme, Hamburgo, Ravensbrück, Oranienburg..., y así hasta novecientos, son testimonio escénico de la bárbara y aberrante política racial mantenida por los nazis.



El hundimiento italiano

En Italia, las posiciones alemanas se mantuvieron casi intactas hasta el final de la guerra. Sin embargo, el deterioro alarmante de las instituciones fascistas, la situación de la misma Alemania y el desgaste de unas tropas con sus líneas de comunicación rotas y sin avituallamiento, no dejaron a sus jefes otra alternativa que la rendición. Sin previo aviso a Mussolini, aquélla se firmó en Caserta por el comandante de las fuerzas alemanas Von Veininghoff al frente de cerca de un millón de soldados.

En un arrebatado de voluntad, Mussolini, junto con su fiel amante Clara Petacci, intentó alcanzar la frontera suiza. Reconocidos y capturados en Dongo el 27 de abril de 1945, fueron acribilados al día siguiente por unos partisanos comunistas. Sus cadáveres quedaron expuestos, colgados por los pies, en la milanesa plaza del Duomo.

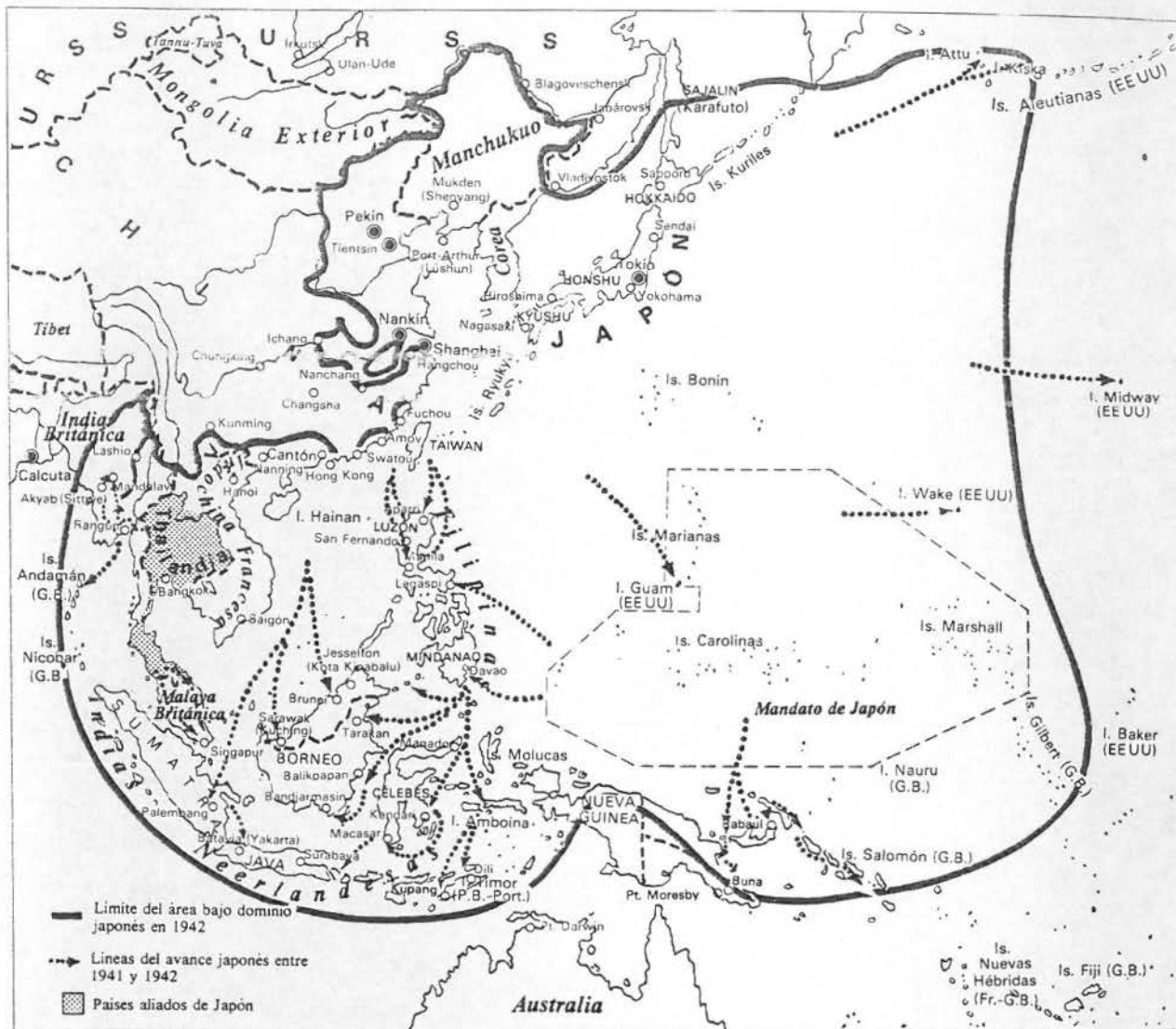
La guerra del Pacífico

En 1941, Japón atacó a los Estados Unidos de América sin declaración de guerra. Esta acción espectacular incrementó la dimensión mundial del conflicto armado, ya amplificado ese mismo año con la puesta a punto, por los alemanes, de la «operación Barbarroja» contra la

Unión Soviética. Con ello se comprometían en el conflicto dos colosos que estaban destinados a convertirse en las dos superpotencias de la posguerra. La fantástica operación aeronaval organizada contra Pearl Harbor por los japoneses inició el escenario asiático de la contienda.

Japón: militarismo y belicismo

A pesar de la tradición marinera del Japón, el ejército de tierra era el arma influyente por excelencia no sólo en los aparatos del Estado, sino, de manera muy particular, en los estratos más populares de la opinión pública del Japón agrario y campesino. El general Hideki Tojo, ministro de la Guerra en el gabinete del príncipe Konoye —julio de 1940 a 16 de octubre de 1941—, era el defensor a ultranza de las tesis belicistas. El peligro que ello encarnaba para los territorios anglosajones de Filipinas, Malasia e India, allanó cualquier dificultad para una acción concertada entre la administración Roosevelt y Gran Bretaña. Así, esta nación y los Países Bajos —por medio de su gobierno en el exilio— secundaron el ejemplo dado por el presidente estadounidense con la congelación, a comienzos de agosto de 1941, de los bienes japoneses y el embargo de petróleo al Imperio del Sol Naciente. En diciembre, Roosevelt ampliaba a China los beneficios de la «ley de Préstamos y Arriendo». Además, las conversaciones mantenidas entre Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, acompa-



LA EXPANSIÓN JAPONESA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ñados de sus respectivos Estados Mayores diplomáticos y castrenses, desembocaron en la redacción y firma del documento tal vez más importante del mundo contemporáneo: la Carta del Atlántico. Su texto establecía los principios de seguridad colectiva sobre los que debería construirse el futuro edificio de la paz mundial, una vez llevada a cabo «la destrucción definitiva de la tiranía nazi». Además, el principio de la seguridad colectiva permanente, el derecho de autodeterminación de los pueblos, la renuncia a expansiones territoriales, la colaboración económica entre los países, y el libre e igual acceso de todos los Estados al comercio y a las materias primas, ocupaban un lugar de honor en las cláusulas del documento. La semilla de la futura O.N.U. estaba ya sembrada.

Sin combustible, la industria militar y civil del *Tenno* tenía los días contados. El margen de negociación dejado por la diplomacia estadounidense a la japonesa era, pues, mínima. La guerra estaba a punto de estallar.

La agresión a Pearl Harbor

A comienzos de la primavera de 1941, Roosevelt ordenó el traslado de la escuadra estadounidense de California a Hawái. Tal medida se ha interpretado por un sector de la historiografía como la prueba más palmaria de la posición de Roosevelt a favor de la guerra; sin embargo, no es posible olvidar la fiebre belicista que invadía al Japón desde tiempos atrás y contra la que los esfuerzos de ciertos círculos diplomáticos y liberales poco o nada pudieron obtener. A fines de noviembre de 1941, una escuadra japonesa integrada por seis portaaviones, dos acorazados, tres cruceros y varios destructores, submarinos y petroleros, zarpó de los puertos de su país rumbo al norte. Pocos días después, el 2 de diciembre, el legendario almirante Yamamoto pronunció la clave del ataque contra los estadounidenses «Escalar el monte Mitaka». Al amanecer del domingo —«el día de la infamia»— la escuadra estadounidense se

En su expansión colonial, el Imperio Japonés había ya humillado a un país occidental, la Rusia zarista, en 1905. En 1941 el turno correspondió a Estados Unidos quienes se vieron

deshonrados al perder su flota en Pearl Harbour (Hawái). En 1942, en Singapur, el Imperio Británico sufría la mayor derrota militar. Los planes japoneses consistían en

extender su influencia por todo el Pacífico y expulsar a los países occidentales de la zona. La conquista final de las Islas Filipinas el 13 de mayo de 1942, marca el esplendor máximo del

imperio nipón. Debajo, aspecto que tenía el acorazado «Nevada» después del bombardeo de la base naval norteamericana de Pearl Harbour.



encontraba a 150 millas al norte, en la isla de Oahu. Al cabo de unas horas, los 353 aviones torpederos y bombarderos con protección de cazas barrieron en sucesivas oleadas ocho acorazados, tres cruceros y un centenar largo de aviones de la *Pacific Fleet*, junto con casi veinte buques de distinta índole en la base de Pearl Harbor en la isla Oahu de las Hawai.

Al día siguiente, con un sólo voto en contra, quedó aprobada la declaración de guerra enviada preceptivamente por Roosevelt al Congreso. Horas más tarde, sin presión de Tokio, Alemania e Italia rompieron las hostilidades con los Estados Unidos. La guerra era ya planetaria.

Los hombres del Gran Cuartel Imperial acabaron por diseñar entonces el mapa del Japón que aspiraban a construir. La línea externa de la defensa nipona se extendía desde las Aleutianas hasta el sudeste de Australia, dejando las islas Hawai como máximo punto de avanzada de los estadounidenses. Desde Birmania hasta Mongolia se extendía el otro eje del perímetro en que quedaría encerrado el Imperio del Sol Naciente. Junto a esta línea defensiva en profundidad, se trazaba otra que abarcaba desde los antiguos archipiélagos alemanes en poder de Tokio hasta la China continental. La conquista de las ricas Indias Orientales neerlandesas debía aportar al nuevo Estado los productos y materias primas que necesitaba para convertirse en una superpotencia. En el plano militar, lo era ya antes de lanzarse a la aventura de la guerra.

Lo desigual del duelo hacía que para que Japón alcanzase la posición, ya apuntada, le era necesario lanzarse a una *Blitzkrieg* asiática, en la que sus hombres se evidenciaron como consumados discípulos de los

alemanes. En menos de un semestre, 400 millones de seres y un dilatado territorio continental e insular caían en sus manos con el saldo irrisorio de 15.000 bajas.

El avance japonés

Con prontitud e incondicionalmente, el gobierno tailandés acogió la petición de paso del ejército japonés destinado a la ocupación de Birmania y aceptó, de hecho, un protectorado nipón.

Ante la sorpresa general, la llave de todo el Sudeste Asiático, la base de Singapur, cayó mediante una inesperada penetración por tierra, durante febrero de 1942, en poder de los japoneses. En palabras de Churchill, fue la mayor derrota militar británica de todos los tiempos (160.000 prisioneros).

Casi por el mismo tiempo se consolidaba el dominio japonés en las posesiones neerlandesas de Borneo y Célebes, una vez en su poder Nueva Irlanda y Nueva Inglaterra con la importante base de Rabaul en Nueva Bretaña.

Con la batalla naval del mar de Java y la ocupación de la gran isla homónima se abrieron las puertas de Sumatra y las islas de la costa meridional. Poco después también caerían en poder japonés las islas Buka, Bougainville, en el archipiélago de Salomón, y la Manus, del archipiélago del Almirantazgo.

El rodillo japonés también se impuso en Filipinas, a las que los estadounidenses habían prometido para fecha muy pronta la independencia. La rendición de la península de Bataan, seguida de la ocupación de la isla de Palawan, supuso el final de las grandes acciones de la

guerra relámpago japonesa. Desde ese momento, y salvo su frustrada tentativa de asalto a las fronteras orientales de la India, el ejército japonés se batiría a la defensiva.

Japón se apropió de 200.000 toneladas de barcos mercantes, 300.000 prisioneros, 5 millones de kilómetros cuadrados, el 90 por 100 de la producción mundial de caucho, el 100 por 100 de la quinina, el 50 por 100 del estaño y tungsteno, algodón, cáñamo, fibras y otras materias primas de valor militar, té, arroz, maderas y el petróleo suficiente para su autoabastecimiento.

El gran plan japonés

Sin embargo, en mayo de 1942 el tenso arco del expansionismo japonés había agotado ya su dinamismo, y la marina nipona tenía que desarticular como fuera las comunicaciones entre Norteamérica y Oceanía, con el fin de consolidar así su dominio en el Pacífico oriental. Otra vez, pues, la flota y la aviación naval niponas tenían que hacer el supremo esfuerzo para lograr los últimos objetivos del planteamiento bélico de su país.

El plan japonés —«operación MO»— consistía en la conquista de Nueva Guinea, del archipiélago de las Salomón, Nueva Caledonia, las Nuevas Hébridas, las Fiji y las Samoa, cuyo dominio quebraría la ruta entre las Hawái y la costa sur del Pacífico estadounidense con Australia. Sin embargo, diversas escaramuzas navales impidieron el desembarco japonés en Port Moresby (Nueva Guinea). Otro tanto sucedió más tarde en Midway, eje, con Hawái, de la ruta central del Pacífico y verdadero objetivo de toda la vasta maniobra planeada por Yamamoto para, en tanto dispusiera de la iniciativa, obligar al enemigo a una gran batalla de desgaste en un punto que, por su importancia, no podía abandonar.

Los historiadores de las campañas navales del Pacífico acusan, sin embargo, a Yamamoto de haber cometido inicialmente un gran error con la operación de diversión de las Aleutianas, que, aunque prevista como un intento de disimular al adversario sus verdaderas intenciones, distrajo parte de sus efectivos para una tarea secundaria.

Su segundo —y principal— error radicó en pretender arrasar las defensas de Midway antes de que sus aviones destrozaran los del enemigo. Así, el feroz combate mantenido entre el 4 y el 6 de junio ratificó la superioridad estratégica táctica de la marina estadounidense, que había descifrado el código del adversario y cuya flota aérea *Task Force* 16 y 17 de los contraalmirantes Fletcher y Spruance, con el único auxilio de los submarinos y de los bombarderos, se apuntó una vic-

toria memorable al destruir 275 aparatos, 4 portaaviones y 2 cruceros, en tanto que las fuerzas propias registraban la pérdida de 1 portaaviones, 147 aparatos y 307 hombres frente a los casi 5.000 del enemigo.

La estrategia estadounidense

La estrategia estadounidense se proyectó en dos vectores como resultado de un compromiso entre las distintas estrategias enfrentadas en su alto Estado Mayor. El general McArthur, que —importa subrayarlo— era muy apreciado por Roosevelt, propugnaba lo que cabría llamar la «estrategia de la línea terrestre», la conquista isla a isla desde Nueva Guinea a Filipinas, cuya posesión trastocaría todo el mapa del *Tenno*, descoyuntándolo en sus partes axiales.

El vencedor de Midway, el almirante Nimitz —y con él toda la marina— se oponía a este plan, ya que se tardaría mucho en llegar a los órganos vitales japoneses, las islas de Iwo Jima y Okinawa, desde las que el territorio metropolitano podía ser bombardeado completa y sistemáticamente. Las etapas del camino más corto y seguro serían las Gilbert, Marshall, Marianas, Iwo Jima y Okinawa. Es decir, su proyecto consistía en el avance por el Pacífico central mediante una triple embestida que llevase a la posesión de las islas Gilbert, de las Marianas, de las Marshall y de las Carolinas; si bien en su primer bosquejo se preconizaba, incluso, una penetración aún más directa hacia el corazón del Japón, con la conquista de las islas Mancus y Bonin.

Washington —general Marshall— decidió dar carta blanca a McArthur y a Nimitz para llevar cada uno adelante sus respectivos planes, estableciéndose finalmente que la confluencia entre los dos avances se verificara en las Filipinas. Era una solución salomónica, que no impidió, como se derivaba de la fuerza de las cosas, que el gobierno estadounidense respaldara, sobre todo, el segundo de los planes, desplegado por la marina.

Aún así, todos los esfuerzos del «arsenal de las democracias» debían centrarse en la apertura de un segundo frente contra el Eje, primero en África y luego en Europa, ya que el peligro nipón parecía contenido y su embestida inicial estaba superada.

El comienzo de la ofensiva estadounidense

Los Estados Unidos de América pasaron a la contraofensiva en Nueva Guinea, en poder casi toda ella de los japoneses, los cuales, a su vez, habían proyectado, se-

gún ya se ha dicho, su último ataque en el Pacífico sudoriental hacia Fiji, Samoa y Nueva Caledonia para aislar a Australia de Norteamérica. En realidad, ambas ofensivas se concibieron simultáneamente, aunque con la diferencia de que en el caso japonés constituirían su canto de cisne y, en el estadounidense, el comienzo de un camino triunfante.

La batalla de Guadalcanal y la ruptura de la línea defensiva exterior

Por pocos días la iniciativa correspondió a los estadounidenses, muy preocupados por las acciones aéreas que desde Guadalcanal podrían llevar a cabo los japoneses sobre las bases navales de Efate y del Espíritu Santo en las Nuevas Hébridas. Cuando los japoneses daban los últimos toques a su instalación aérea de Guadalcanal, una importante escuadra estadounidense —operación *Watchtower*— y australiana desembarcó 20.000 hombres. Mientras la flota aliada experimentaba importantes pérdidas —4 cruceros— en la batalla nocturna de la isla de Savo, se libraban en el interior de Guadalcanal encarnizados combates en los que las fuerzas terrestres se encontraron sin refuerzos. Con fases alternativas tanto en tierra como en mar, a fines de noviembre la situación comenzó a inclinarse a favor de los estadounidenses, si bien la hora de su definitivo triunfo aún tardaría en llegar.

Tras la caída de Guadalcanal, se inició el avance hacia el norte, en donde las islas-fortaleza del enemigo fueron cayendo con monótona, aunque severa cadencia bajo los ataques aéreos y anfibios llevados a cabo por los barcos y hombres de Nimitz. Así, las islas Gilbert se rindieron a un precio sorprendente de hombres y material; las Salomón centrales y Nueva Guinea quedaron en poder de los estadounidenses en el verano y otoño de 1943.

Las Marshall y las Marianas se erigieron en el objetivo fundamental de la primera fase de la campaña del siguiente año. Mientras las primeras caían en febrero, las segundas lo hicieron entre mayo y junio. Ante ello, la moral nipona comenzaba a dar síntomas de quiebra. En Guam los americanos hicieron 12.000 prisioneros, algo nunca visto hasta entonces. En Japón, el gabinete Tojo presentaba su dimisión, y las «palomas» comenzaban a socavar el ascendiente de los «halcones».

La nueva línea defensiva japonesa.

La conquista de las Filipinas

Rota ya la línea defensiva exterior, el Gran Cuartel Imperial estableció otra más interior, cuya caída implicaba inexcusablemente la derrota. Pero, este baluarte Ryukyu-Formosa-Filipinas estaba abierto a un doble ataque

por el norte (Nimitz) o por el mediodía (ejército de McArthur). Con el fin de darle verdadera efectividad a la línea de defensa, se reorganizó profundamente la aviación naval japonesa, cuyos pilotos carecían casi en su totalidad de experiencia, debido a su gran número de bajas anteriores. A estas alturas del conflicto, la superioridad estadounidense, no sólo en medios y aparatos sino también en hombres y técnica, era abrumadora. Los pilotos japoneses conocedores de su oficio y competentes no existían ya salvo casos muy aislados, y las escuelas niponas se manifestaban impotentes para preparar con solvencia a sus cuadros.

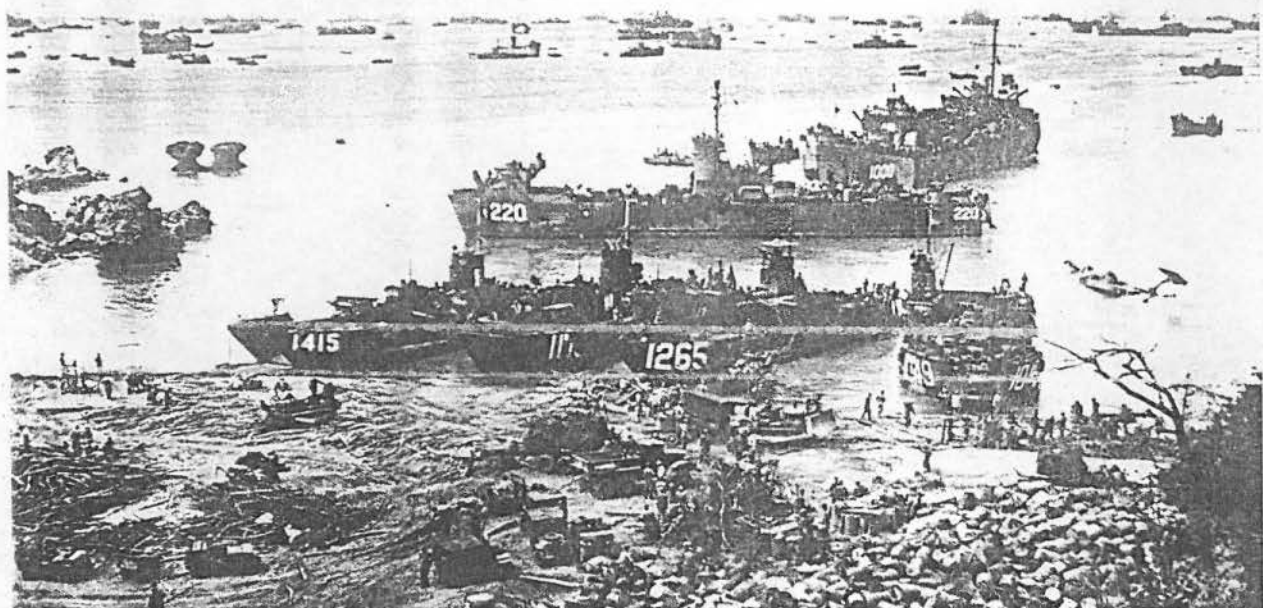
La caída de las Marianas y la devastadora incursión de Formosa dejó expedito el camino para la conquista de Filipinas por McArthur. Australianos y estadounidenses desembarcaron en las Carolinas occidentales y suprimieron con ello cualquier obstáculo para la empresa. En ese mismo momento McArthur se aprestaba en Morotay, en las Molucas, y Peleliou a cumplir su promesa a los filipinos: «Volveré, volveré...»

A fines de octubre, mientras McArthur desembarcaba al frente del VI Ejército en las playas de Leyte, las dos escuadras enemigas iban a librar en el golfo del mismo nombre la mayor de las batallas navales de la Historia —con la entrada en acción por primera vez de los *kamikazes* (pilotos suicidas japoneses)—, que al fin se inclinó a favor de los Estados Unidos de América. No obstante, Japón iba a vender muy cara la derrota, como sucedió en las propias Filipinas, en donde el famoso Yamashita, procedente de Manchuria, mantuvo en su poder el norte de Luzón hasta el fin de la guerra.

La gran ofensiva final aliada

Por las mismas fechas (fines de 1944-comienzos de 1945), la ofensiva de los aliados en Birmania, iniciada a últimos de 1943, cobraba toda su fuerza.

Como si sus enemigos no hubieran recibido ya varias muestras de ello, la terrible prueba de Iwo Jima pondría cegadoramente al descubierto el inmenso holocausto en el que los japoneses estaban dispuestos a inmolarse sin dar ni pedir cuartel. La ocupación de la pequeña isla costó torrentes de sangre a los vencedores (4.189 *marines*), que prácticamente no pudieron hacer prisioneros (200) entre los 21.000 japoneses derrotados. Por otra parte, con el fin de intimidar a los estrategas japoneses, a comienzos de marzo se verificó un mortífero bombardeo de Tokio. El balance de víctimas de Iwo Jima fue aterrador, como lo sería el de la defensa de Okinawa, cuya pérdida repercutió con fuerte impacto en la opinión pública nipona y estadounidense. La rendición incondicional exigida también por los anglosajones al *Mikado* fue instrumentada adecuadamente



en Japón por los partidarios de la guerra a ultranza para imbuir en el pueblo la idea de una resistencia a toda costa que llevara al fin a una paz justa.

En verdad, el número y, sobre todo, el arrojo y la fiereza de las tropas japonesas de las islas aún en su poder, así como de sus guarniciones continentales, hacían prever una durísima recta final en el camino hacia su capitulación. Pese al cambio de situación militar que el avance de los aliados comportaba, el ejército nipón seguía disponiendo de un contingente de cuatro millones de hombres en los archipiélagos del Pacífico y en el continente, muchos de ellos abandonados a su suerte, pero decididos a poner elevado precio a sus vidas. En China y, sobre todo, en Manchuria, sus efectivos estaban intactos e integrados por unidades de primer orden, mandadas por jefes capaces y dispuestos a la inmolación.

La derrota del Japón

Los temores estadounidenses a la resistencia nipona no fueron infundados, como lo demuestra la fecha —21 de junio de 1945— y las escenas con que concluyó la batalla de Okinawa, iniciada casi tres meses antes. Hacia finales de mayo, más del 40 por 100 del perímetro de Tokio había quedado destruido por las columnas incandescentes de los B-29, que arrasaron con proyectiles incendiarios Nagoya, Kobe, Osaka y otras ciudades japonesas. El cielo se enrojecía sobre fábricas y casas humeantes, con una intensidad de calor que a veces alcanzaba los 2.000 grados. Pero ni aún así la población civil mostraba síntomas de derrotismo o crítica hacia sus dirigentes, muchos de entre los cuales se mostraban decididos a no capitular hasta la muerte del último de sus soldados.

1042

La colaboración de la Unión Soviética era, pues, muy necesaria para los Estados Unidos si quería ahorrarse el millón y medio de hombres, que, según los cálculos de sus Estados Mayores, costaría a los pueblos anglosajones dominar por completo al Japón (actitud que condicionó toda la política estadounidense en los últimos meses del conflicto). La bomba atómica, en la que se habían empleado más de 2.000 millones de dólares, recibía sus toques finales, pero todavía no se sabía a ciencia cierta, durante las primeras semanas del mandato de Truman, la fecha de su definitiva utilización.

Depresión y reconstrucción en Latinoamérica (1920-1945)

Crisis económica y crecimiento hacia dentro

En el cuarto de siglo transcurrido desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta el término de la Segunda, hay dos acontecimientos que afectaron a Latinoamérica con carácter general: la gran depresión económica, que tendría importantes repercusiones en diferentes planos, y el cambio en la calidad de sus relaciones con los Estados Unidos.

La situación económica de Latinoamérica empezó a ser insegura al acusar los trastornos derivados de la primera gran conflagración: se cerraron importantes mercados europeos; se repatriaron muchos capitales franceses y alemanes, siendo sustituidos por las inversiones estadounidenses, que crecieron, en cambio, aceleradamente en la década de los veinte; algunos productos